



## " H E R O E "

(FRAGMENTO DE NOVELA)

BLAS PEROZO

Salieron con las armas a buscar a los guardianes y diciendo ya es imposible aguantarnos y rompieron todos los utensilios de caza y de pesca. Eran los descendientes olvidados e impotentes. Sin embargo era el comienzo de la guerra. Después, apenas las sombras con sus dientes. Llegaron cargados de sudor y nadie pensó en la derrota y en los muertos que se quedaron. Era el odio justificadamente, era el odio renacido y nadie tenía derecho a decirles que no odiaran, que no murieran, que no se consumieran a diario llenos de odio. Sólo sabían y reconocían la presencia que les recorría cuando se llenaban de relatos que les salían desde el recuerdo de cada emboscada. Habían aprendido en el combate a mentirse unos a otros por piedad y también por un convencimiento en la victoria que les venía del entendimiento de la historia de la cueva de la que una vez en el futuro que era como un pasado les había hablado el anciano. Es verdad que para entonces JO era apenas el germen y se gestaba en las entrañas desconocidas de una matrona dejada en cinta tras el coito con todos los combatientes. La matrona se había acostado con cada uno por una especie de necesidad imperecedera. Cada uno había abonado su vientre y JO en el fondo estaba lleno todo de campanitas y de manchas que le recorrían toda la piel y

eso desde el principio parece mentira. Y diciendo no me echen más tierra cuando se revuelquen entre el humo del combate con mi madre no me echen más esa sustancia que me voy a manchar más por favor ya basta que estoy engendrado, que se me llena la cara de manchas pardas no me echen más que ya estoy por nacer. Y JO diciéndoles eso y ellos obsesionados por la muerte tan cerca deseando perpetuarse todos en la matrona. Desde ahora como se ve queda establecido el verdadero origen de las manchas de las cagadas de mosca de JO. Pero además la conciencia de JO también comenzaba en el apartamento amueblado que tenía en el vientre de su madre y decía denme toda la violencia para librarme de las burlas eso sí la violencia para estallar cuando nazca y repetir cada jadeo vuestro cuando en los días que vienen yo tome mi puesto sagrado de combatiente y ustedes padres amantísimos — siete padres de JO, siete poseedores de las siete leches — se conviertan en ancianos como aquel de las manos como barrotes y ya no puedan regresar a verificar las cuentas con los buhoneros a buscar los camiones que vienen cargados de nuevas especies. Y ya no puedan regresar al combate y ya no puedan revolcarse con esta la mía madre que me gesta y ustedes como ya saben sean unos tristes espectadores de la lluvia y el tiempo — no este — que pasa y queda — en este — atrás olvidado que regresa apenas en el recuerdo como Elisa, pequeño Rosebud que camina en este tiempo que recorren mi cuerpo de JO las manchas.

No es probable que los combatientes tuvieran conciencia de lo que se gestaba, en el fondo, muy atrás, del sexo de aquella mujer gorda como una escultura prehistórica de quien se dice tenía la maña de comer manzanas podridas. De aquella mujer caritativa que lanzaba puñados de arroz y se acostaba con todos los combatientes y ponía su higo en los miembros erectos de los héroes muertos en pleno campo de batalla y exprimía la violencia en los ojos de los muertos. Se dice que trataba de acumular violencia, que era bruja que por eso no temía besarles las carnes putrefactas en los labios tiesos. Los combatientes reconocían en ella a la gran hacedora del amor carnal. Jamás habló ni se le vio pedir por sus servicios. Era una emperatriz del amor por lo menos así lo dice el mito. Tan sólo callaba y fornicaba a diario. Su expresión era dura aunque ella pretendía ser infantil a veces. Guardaba alguna pobreza de la infancia como algo odiado que temía fuera descubierto por cualquier combatiente que le traspasara los círculos protectores que ocultaban los ojos. Sin embargo la sensación exterior era la de una gran concedora de la vida por lo menos para algunos combatientes que estaban en la oscuridad. Decía con los ojos en el jadeo de una venganza diaria la más terrible contra los Guardianes.

Pero no imaginaba cuál sería la forma más cruel. Sólo otro tiempo, un tiempo guarecido en el amor y en el deseo, podría realizar su venganza.

— ¿Qué os parece esta historia que apenas nace para explicar el origen terrible la vida terrible de JO?

— En verdad pienso que hay fantasmas que te siguen por todas las tabernas. Debes reconocer que son tus fantasmas privados, por lo menos eso pienso yo.

— Es posible que esteis equivocados, todo depende del análisis. Si es concienzudo y no lineal descubriréis la verdad de cada historia que invento.

— De lo que sí estoy seguro es que descubres cada fantasma cuando menos lo esperas.

— Eso es verdad, una verdad inmensa, innegablemente inmensa. Los descubro y me aferro a ellos con la pasión de un nuevo y gran descubrimiento. Son un reto que amanece. Lo cierto es que aquel día mucho antes de la partida regresaron siete combatientes a esperar al Mesías. En verdad eran combatientes jóvenes pero los dientes les tapaban toda expresión y no se les podía adivinar si en verdad sonreían o si era una mueca eterna de muerte diaria. Eran sólo sus sombras de fantasmas las ciertas. Que confabulaban y contaban las estrellas y cada viraje de la luna como si fueran navegantes en alta mar. Un día después de una reunión secreta alguien dijo: “Vendrá, ya todo está listo. Muy pronto podremos besar su frente y darle las armas para que dirija el combate”.

Apareció JO con una bufanda a pesar del calor insoportable. Ellos indagaron el por qué de la prenda y él sonrisa en mano — podía marcarse la sonrisa en la planta de la mano — desenrolló la bufanda dejando ver una mancha. “Me ha recorrido todo el cuerpo varias veces pero cuando me llega a la garganta y me da el sol me pica de una manera terrible. Se esparce y se bifurca hasta aparecer siete manchas rojas y redondas que se unen y forman una igual a la del anciano. Cuando naé ELLA me dijo que era el signo de mi origen. Que soy hijo de las siete leches. Que soy en principio hijo de la fidelidad a los siete restantes después de la embosecada. No necesité más explicaciones y aquí estoy. A los que murieron también los recuerdo. Soy una especie de cámara fotográfica. Recuerdo un pasado que no he vivido pero que sí he respirado. Hay un héroe que me da risa y que no entiendo muy bien”.

Y quedó arrellanado en el suelo mientras los ex-combatientes ancianos desde ese momento se apresuraban a relatarle la historia del tiempo donde vivió el héroe y el anciano.

El más veterano comenzó moviendo las manos en forma de círculos y diciendo de una casa que estaba lejos, de un

hombre que llegó para comerse las ostras y de otro tiempo en el cual la casa de alguna manera era la misma.

De alguna manera la casa era la misma tanto tiempo prometida a los últimos que perecieron en el incendio. El mismo sillón verde donde se sentaba el anciano a relatar sus mentiras. Las mismas manos y las mismas historias repetidas de mil maneras diferentes y que en verdad eran lo mismo en el fondo pero variando en cada versión.

De alguna manera la casa era la misma. Los mismos ojos de los vecinos que creían en la metira más grande que jamás se haya pensado. Creían tanto que aseguraban conocer el origen y el final de la cueva de la cual les había hablado el anciano un día cuando todavía no era la época de huir despavoridos ante la contagiosa enfermedad, que según el médico del anciano, hacía imposible seguir diciendo mentiras.

De alguna manera los vecinos eran los mismos con sus trajes arrugados, con sus bigotes descomunales repitiendo a cada rato "es verdad lo que dice" sin percatarse de la muerte del anciano.

La cueva daba al poniente por todas partes. Consistía en un angosto corredor lleno de cuadritos que se iban haciendo más pequeños, más pequeños a medida que se avanzaba. "El que entre en la cueva ya no tendrá escapatoria". Aseguraban los vecinos con los ojos como dos pelotas de football. "Todos hemos entrado" había agregado el anciano. Pero esto no lo quisieron escuchar los vecinos. Sin embargo los niños se aterrorizaban y esa noche soñaban con la cueva.

Ellos estaban perdidos querían escapar. Pero la cueva se cerraba cada vez más y los cuadritos de las paredes aparecían tal y cual eran: descomunales inmensos con figuras macilentas en sufrimientos horribles. Hasta despedían un vaho nauseabundo que hacía necesario taparse la nariz. Se llegaba a una enrucijada donde habían infinitud de caminos, donde el piso giraba como una ruleta que se iba deteniendo para arrojar a cada niño por cada uno de los caminos. Y ya no había escapatoria. Al final todos los caminos convergían en un círculo de fuego donde los cabellos caían solos y todos quedaban pelones y resplandecientes. Se miraban a los ojos y no eran los mismos, se recordaban unos a otros y daban alaridos desesperados. Comenzaban a caminar juntos otra vez, pero la cueva no conducía a ninguna parte. La salida estaba sellada por un muñón horrible de donde salían, entre los pliegues, los pelos de las barbas de Dios.

Ante los lentes del anciano los niños contaban esta historia que concidía en todos los casos. "Basta de historias tontas". Decía el anciano y se pensaba que había perdido el juicio.

A veces, cuando las historias de los niños lo perseguían, tomaba un afilado objeto de matar pollos y amenazaba a todo el mundo. "Nadie se come a los muertos cuando estos están vivos de verdad" y descargaba el arma contra los floreros, contra los cuadros. Una vez rompió el televisor y comenzó a decir que se cagaba en el alma del inventor de ese artefacto de hacer maleficios. Pero inmediatamente quedaba reposado y se arrellanaba en su poltrona verde dispuesto a contar sus mentiras y a escuchar toda clase de preguntas. Podría acercarse a la baranda de la calle en franelilla y alzar la mano como si fuera un candidato del partido demócrata norteamericano. Se complacía entonces en burlarse de todos diciéndoles que él tenía un amigo que era brujo y este era el único ser sobre la Tierra que podría descifrar correctamente la historia de la cueva, que era su mentira más famosa. Señalando a cualquier transeúnte le decía: "Querido amigo, yo le aseguro que los vivos, que todos los vivos están muertos. No crea que porque caminan viven, están muertos, bien muertos". Y abría los ojos para que el otro se asombrara, y se percatara de que le tenía puesto el índice entre ceja y ceja.

Eran los días en los cuales se convertía en un verdadero incendio, pues vivía plenamente convencido de que tenía en ese momento treinta años y que poseía un negocio próspero, un pequeño negocio de maderas y camiones, que le tenía ocupado todo el tiempo. Sin embargo, no le faltaba en la madrugada, una caricia para su mujer, para algo tenía treinta años.

Todo el mundo aprovechaba esta época para burlarse de él. Hasta los niños le decían que se peinara el copete, la abundante cabellera, cuando en verdad era calvo como un monje capuchino. Sólo uno de los niños a quien él denominaba el Brujo de los Regalos, lo miraba compasivo, pero con una compasión reflejada en los ojos, pues los labios del Brujo siempre sonreían. Los vecinos en su afán de sacarse de la cabeza la historia de la cueva, en la cual creerían como un dogma muchos años después, tomaban una libreta y lo abordaban como si fueran grandes periodistas. "Dígame usted, Don... qué cree de la cueva que tanto nos preocupa". Y él muy serio, se arreglaba los cabellos de atrás que eran los únicos que tenía. "Yo le puedo vender quince mil pares de zapatos de cuero de ballena cuando usted guste". Era su respuesta. Y en verdad de ahí en adelante comenzaba un verdadero trueque de alegría, pues él creía firmemente que se trataba de los buhoneros que tanto había esperado para venderles sus mercancías que estaban por llegar amarradas dentro de infinidad de cajitas donde se leía Royal que era la marca de los zapatos. El anciano de manos como barrotes reía de felicidad lanzando las cartas sobre la mesa para simular

una enorme contradicción porque los chicos no asimilaban los juegos de póker. Eran los días en los cuales el sillón estaba vacío porque decía: "Vamos a esperar los camiones que ya están por llegar" y agarraba a los muchachos por las patillas haciéndolos confundir las lágrimas con la risa. Y salían a caminar diciendo él que de verdad no tenía treinta años sino veinte. Para probarlo proponía violentos torneos de fuerza: "El que tenga menos fuerza queda mocho del dedo gordo". Y lanzaba un filoso cuchillo de cortar carne sobre la mesa de la cocina inclinándose para pulsear.

El vecino había insistido más de una vez delante de sus narices con la historia de la cueva. "Es pura mentira". Decía descargando la conciencia. Por instantes, ante esta afirmación, el anciano parecía darse cuenta de su verdadera edad, pues quedaba silencioso mirándolo largamente como si fuera un anciano cansado de oír estupideces. Un día el vecino insistió tanto que le apestó, recobrando momentáneamente los treinta años perdidos. "Vaya usted a acostarse con su mujer y déjeme en paz". Las brochas del vecino rompieron el aire como un filoso cuchillo. "Lo que pasa es que a usted ya no se le para y por eso lo botaron de la cama". La risa le sonaba en cada sitio de de la casa. En cada rincón veía una llama apagada. "Yo me he de comer cada mentira que he inventado, por lo menos hasta el nacimiento de JO". Al final él mismo pensó que era una mentira demasiado grande. "Una mentira no puede ser más mentira que la mentira. Y JO es una mentira increíble". Un invento mío demasiado increíble. Es demasiado mentira para poder ser mentira. De alguna manera habrá de ser y entonces se comenzará a vislumbrar la verdad de todo el tiempo. Y entonces se hará justicia a los ancianos que fueron a la guerra y después se sentaron a esperar la salud y el dinero que perdieron por estar de líricos. "Comenzó a repetir el discurso como un disco rayado en voz alta mientras olvidaba el sitio exacto donde había oído por primera vez la historia de la cueva. Había sido en un sitio cercano a las montañas, según dijo alguna vez, era un lugar muy verde donde las mujeres venteaban el arroz. Que había una gran muralla construida de palitos de polo que no se derretían nunca esperando un millar de niños. Que ahí había nacido. "Ahí maté a un hombre". Había dicho a los vecinos que lo rodeaban una de las quinientas mil veces en las cuales contaba la mentira más grande de toda la bolita del mundo. "Lo decapité porque me dijo mentiroso". Aseguraba con énfasis.

Pero ahora sí estaba seguro. Era tan cierto como que los muertos hablan. Tan cierto como que JO ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Tan cierto como que tengo un amigo que es brujo. Tan cierto como que hay un

Dios sobre las nubes flotando junto a su harem. Tan cierto como que soy calvo a causa del tifus aquel que mató a la supuesta madre de mi brujo. Tan cierto como que voy a morir con una llaga. “No podía ser otra cosa que una cueva con cuadritos que parecían moverse blancos y negros como el tablero de un juego de ajedrez. Que la Reina se va a ir encargando de recordarle a uno, pobre Rey muerto de antemano, su partida de nacimiento de todos los días. Hasta el último. Si el primer día no conlleva ningún suceso especial, el último — la última jugada, la del jaque — sin embargo era el más especial de todos, el más especial de todo el Universo. Pues un letrero caído encima de la cruz del Rey, de color rosa, negro, morado, azul o del color que uno prefiera, se dejaba caer como una cortina sobre los ojos para que oliéramos mejor el letrerito que decía: *The End* y así recordarnos que estábamos quedando tiosos, tiosos desde el día tal, desde la primera jugada en el origen, en el principio y entonces habría necesidad de gritar que todo era una cueva. Y no se podía matar a quienes lo tildaban a uno de mentiroso. Por eso era necesario gritar que todo era una cueva horrible, horriblemente sin salida. Que sólo las llamas, el incendio, lo pueden salvar a uno. Que es necesario el fogón lleno de tizones que se le metan a uno por la piel, por las venas. Para que todos sepamos como fue que bebimos el primer sorbo. A quién le debemos el primer lomo. Cómo fue que en el principio del juego de ajedrez se decidió uno a capturar a la mujer. Cómo fue que le dijimos: “Tírate a la tierra que ya te vi la lumbre”. Y ella se tiró sobre la hierba y abrió las piernas mojadas ya de tanto esperar. Por eso estaba seguro completamente seguro de que era una cueva. Una cueva que era una mentira pero que era. Que es inútil buscar otra explicación. Sólo aceptarla tal cual es. Ahí, aquí en nuestras narices. Nada más solo caminar mientras llega el final del juego. Mientras muere el héroe, el Rey negro o blanco en el tablero de cuadritos negros y blancos que se mueven con el tiempo.

Una vez el vecino pareció comprender. “Cuando esté viejo voy a pensar que es una cueva”. Lo dijo tan serio que todos creyeron que lo del anciano era contagioso. Después de aquellas palabras se decidieron muchas cosas. “Los niños corren peligro”. Aseguró el médico de la familia, posando el revés de la mano blanca, muy blanca, sobre la calva pálida del anciano. Se creó un cordón sanitario. Los niños no podían entrar. Los vecinos se asomaban por las tapias preguntando por la salud del anciano mientras se tapaban los ojos con vidrios ahumados y la nariz con pañuelos mágicos que les había obsequiado el brujo por orden secreta y expresa del anciano y como una última burla. Sin embargo el brujo les había dicho cuando les daba el

regalo: “Pobres, los enfermos son ustedes. Sólo saben caminar en una sola dirección”.

Pese a las protestas del hechicero de los Regalos, el consejo de familia se reunía con el Doctor por delante. “Es necesario que nos vayamos por mi bien, por mi bien, por el de los vecinos, por el bien de los niños. Además mi reputación personal...”. Mientras estas cosas se discutían el hechicero había tomado posesión de la poltrona verde y la había metido en la habitación del anciano. Según él decía a los últimos cuando les tocaba la guitarra y les fumaba la pipa de la paz relatando la historia del anciano, “lo acompañé en materia y espíritu”, “hasta la muerte”. Sentado en la poltrona verde y haciendo piruetas con una varita extraña que le había obsequiado el anciano, escuchaba las historias llenas de mentiras del anciano que se sentaba como un hindú, en el lecho. Esto provocaba protestas airadas del Médico que gritaba: “Este muchacho del carajo es necesario sacarlo de aquí”. Lo dijo una vez solamente. El anciano lo miró con la misma mirada extraviada que una vez le había dedicado al vecino mientras que él una vez había matado un hombre porque lo llamó mentiroso pero que más que todo porque le quitó lo suyo. El Doctor no repitió la idea pero daba sus vueltas por el cuarto. Cuando ellos le veían venir el anciano se acostaba tapándose desde los pies hasta la calva. El brujo se metía de cabeza en el sillón verde en una actitud contempativa y silbaba el himno nacional.

Entre escaramusa y escaramusa el anciano le puso mentiras al Brujo por todas partes. Desde el lóbulo cerebral derecho hasta la última célula de la uña del dedo gordo de la pierna izquierda del Brujo, había mentiras y mentiras acumuladas como miles de granos en una troja. Millones y millones de mentiras maravillosas. Millones y millones de interpretaciones de una sola mentira. Podría decirse que desde entonces el Brujo fue el ser viviente más lleno de mentiras que jamás mentira alguna haya podido imaginar. El anciano se complacía en repetirle las mismas historias sin que el brujo diera muestras de cansancio.

